

Actos de valor de unos jóvenes

NARRADORA: MELBA PATTILLO BEALS
ADAPTADO DE *WARRIORS DON'T CRY*

ABUELA INDIA SIEMPRE ME DECÍA QUE DIOS SEÑALABA con un dedo a nuestra familia, pidiéndonos un poco más de disciplina, más oraciones y más esfuerzo porque Él nos había bendecido con buena salud y buenas cabezas. Mi madre fue una de las primeras negras en integrarse a la Universidad de Arkansas, donde se graduó en 1954. Tres años después, yo fui una de los nueve adolescentes negros que se integraron en la Escuela Superior Central de Little Rock, Arkansas.

No eran aún las ocho de la mañana cuando mamá y yo estacionamos en la curva justo enfrente de la casa de la Sra. Bates. Todo el mundo hablaba en susurros, me condujeron a través de la gente que estaba reunida hasta la sala, donde la radio y los informes noticiosos sobre la integración mantenían la atención de todos.

Al salir silenciosamente de la casa, le hice un gesto de despedida a mi madre. Deseaba abrazarla, pero no quería que todo el mundo pensara que yo era una bebita. Otros padres se arremolinaban mirándonos como si nos llevaran al patíbulo. Al comenzar a caminar hacia los autos, nos rodearon como si estuvieran completamente seguros de que no regresaríamos.

Cuando llegamos a la escuela, el chofer nos pidió que saliéramos rápidamente. La mano blanca de un agente uniformado se extendió hacia el auto, abrió la puerta, y me tiró

hacia él al tiempo que me ordenaba con voz urgente que me apurara. El rugido que venía del frente del edificio me hizo mirar hacia la derecha. A sólo media cuadra, vi cientos de personas blancas, que se movían y vociferaban llenos de cólera «¡Los negros fuera, los negros fuera!». Los gritos se acercaban. El rugido aumentaba, como si su frenesí se hubiese visto encendido por algo. Me llevó un momento comprender el hecho de que era la vista de nosotros la que los había sublevado.

«La oficina del director es por aquí», susurró una mujer pequeña de pelo oscuro y lentes. «Apúrense, apúrense ahora». Nos llevaron a una oficina donde una hilera de blancos, la mayoría mujeres, estaban de pie mirándonos como si fuéramos la octava maravilla del mundo. «Aquí están sus horarios de clases y las aulas que se les asignan. Esperen por sus guías», dijo la Sra. Huckaby, la subdirectora. A cada uno de nosotros nos asignaron a diferentes aulas. «¿Por qué ningunos de nosotros podemos estar en la misma aula o tomar clases juntos?», pregunté. Detrás del largo escritorio, un hombre me respondió con una voz desagradable y resonante: «Ustedes querían integración... han conseguido integración».

Me volví a ver cómo el pasillo se tragaba a mis amigos. Ninguno de nosotros tuvimos una oportunidad de despedirnos o de hacer planes para encontrarnos. Yo estaba sola, aturdida, siguiendo a una mujer blanca escaleras arriba. El estar asustada no describe mi estado mental en ese momento: había comenzado a sentirme aterrada. Había imaginado cuán lindo sería entrar en ese gigantesco y hermoso castillo que conocía como la Escuela Secundaria Central, pero en verdad era mucho más grande, oscuro y traicionero de lo que yo había imaginado.

De repente, sentí el picor de una mano que me abofeteaba una mejilla y luego la sensación tibia y resbalosa de un salivazo en la cara, que me corría hasta el cuello de la blusa. Era la primera vez en mi vida que me habían escupido. Me sentí herida, avergonzada. Me pregunté si me contagiaría con sus gérmenes. Antes de que pudiera limpiarme el salivazo, la áspera voz de mi guía me mandaba a moverme. «Andando. Ahora. ¿Me oyes? ¡Muévete! ¡Ahora!» Me limpié la saliva de la cara con la mano y la seguí a tropezones.

Al entrar en el aula, todos los estudiantes se callaron. La guía me señaló una silla vacía y me dirigí hacia ella. Los estudiantes que estaban sentados cerca se quitaron rápidamente y me senté rodeada de sillas vacías, con una intolerable conciencia de mí misma. Uno de los muchachos se mantuvo gritándome palabras soeces durante toda la clase. Yo esperaba que el maestro interviniera, pero no dijo nada. Mi corazón lloraba, pero reprimí las lágrimas, afirmé los hombros e intenté recordar lo que abuela India había dicho: «Dios te ama, niña. No importa lo que pase, Él te ve como Su preciada idea».

Afrontar el reto de pasar a mi próxima clase era aún más aterrador. «Es mejor que te cuides» me advirtió la guía mientras nos movíamos a gran velocidad a través de los hostiles estudiantes. La próxima clase era de educación física. En el campo de juego, grupos de niñas estaban tirando entre sí un balón de vóleybol. Me llevó un momento darme cuenta de que la pelota venía silbando muy cerca de mi cabeza. Esquivé el golpe, pero las chicas siguieron lanzándome la pelota y dando gritos de júbilo cada vez que daban en el blanco. Mientras luchaba por escapar su crueldad, estaba, al mismo tiempo, más aterrada aún por el ruido de la turba colérica que se acercaba en la distancia. De

repente se perdió el control. «¡Entra Melba, ahora!» La cara de la maestra de educación física mostraba tanto compasión como alarma mientras calladamente señalaba a un grupo de mujeres que saltaban la cerca trasera al tiempo que me gritaban obscenidades.

Yo estaba llorando, a punto de darme por vencida, paralizada por el miedo. De repente la voz de mi abuela resonó en mi cabeza: —Dios nunca pierde a ninguno de su rebaño. —Buen Pastor, muéstrame el camino, dije. Me quedé quieta y repetí estas palabras una y otra vez hasta que recobré un poco la serenidad.

«Te he estado buscando». La voz de mi rechoncha guía sonaba enojada, pero yo estaba tan feliz de verla que casi me olvidé de mí misma y me acerqué para abrazarla. «Vamos a la clase de taquigrafía». Ella no lo sabía, pero era la respuesta a mi oración. Miré por encima del hombro para ver el grupo de madres que se quedaban quietas, sin ánimo evidentemente de perseguirme con una funcionaria de la escuela a mi lado. Reprimí las lágrimas y apresuré el paso.

Al dirigirme a la última fila de asientos vacíos junto a la ventana, mi maestra de taquigrafía me llamó: «Melba, quítate de la ventana». Su voz era comprensiva como si a ella realmente le importara lo que me ocurría. El mar de personas afuera se extendía mucho más de lo que yo podía ver, unas oleadas de gente que fluía y refluía, empujando las barreras y a los policías que intentaban mantenerlos en su lugar. Desde mi asiento podía oír el griterío de la multitud: «Agarren los negros» y «cinco, cuatro, tres y dos; siempre no a la integración».

Levanté la vista de mis notas para ver a mi guía que entraba en la clase. «Ven conmigo ahora a la oficina del director», me llamó nerviosamente. Oí el tono frenético de

su voz y oí a alguien más decir que la turba estaba fuera de control y que tenían que pedir ayuda. «Debe haber mil personas armadas viniendo hacia acá». «Algunos de estos policías se están quitando sus insignias», dijo otra persona sin aliento. «Saquemos a estos niños de aquí».

Oí pasos que se acercaban. Un hombre de pelo negro venía hacia nosotros. «Soy Gene Smith, del Departamento de Policía de Little Rock. Es hora de que se vayan por hoy. Vengan conmigo ahora». De inmediato tuve una buena impresión de él. Nos instó a movernos más rápidamente y actuó como si realmente le importara si salíamos o no de allí. Decidí recordar para siempre a este hombre en mis oraciones.

Afuera, dos autos estaban esperando con los motores encendidos, las luces prendidas y los capós mirando hacia la puerta. «Apúrense, ahora...suban», dijo Smith mientras mantenía abierta una de las puertas. Sus expresiones me decían que estábamos metidos en el tipo de problema que yo ni siquiera hubiera imaginado antes. «Aguántense y mantengan las cabezas bajas», gritó el chofer. El ruido ensordecedor de la turba nos envolvió a todos. Fue entonces cuando el auto comenzó a moverse a gran velocidad, más rápido que ninguno que yo hubiese estado antes. Finalmente, había unas pocas manos y caras en las ventanillas del auto y los ruidos se fueron apagando. Respiré profundamente. Quería decirle al chofer, «Gracias por arriesgar su vida por salvar la mía». Fue un momento embarazoso con un extraño, un blanco decente. Él me llevó a casa, me dejó exactamente a la puerta. «Entra en la casa ahora, ve», me dijo, deteniéndose por un instante, antes de acelerar el motor y marcharse. Era el segundo hombre blanco por quien yo oraría para que Dios lo protegiera.

Esa noche escribí en mi diario. «Parece que no hay espacio para mí en Central High. Yo no quiero que la integración sea como el tiovivo. Dios mío, por favor, haz un espacio para mí».

Hablando desde la Casa Blanca en la televisión nacional, esa misma noche, el presidente Eisenhower dijo que había enviado tropas porque «de la turba en Little Rock amenaza la seguridad misma de Estados Unidos y del mundo libre». También esa noche, un hombre le entregó a mi madre un sobre de parte del Presidente y le dijo: «deje que su hija regrese a la escuela, y ella estará protegida». Los vi a la mañana siguiente, aproximadamente cincuenta soldados uniformados de la brigada 101, con botas relucientes y fusiles. Mi madre tenía lágrimas en los ojos al despedirme con un susurro: «Haz hoy lo mejor que puedas», me dijo.

Durante los próximos meses, me levantaba cada mañana, pulía mis zapatos de dos tonos y salía para la guerra. Entraba en Central High School, un edificio que sólo recuerdo como una infernal cámara de tortura, un lugar destinado a formarnos y prepararnos para la adultez y que, por el contrario, me hacía sentir como un soldado en el campo de batalla.

Siempre había imaginado que el último día del semestre en esa escuela superior estaría señalado por una gran ceremonia, con un gran coro cantando aleluyas o tal vez algún hermoso galardón de mi comunidad: un desfile tal vez. Pero fue idéntico a cualquier otro día. «Se acabó —dijo mi hermano Conrad—. Ya no tienes que integrarte más».

El septiembre próximo, esperamos en vano regresar a Central High. El gobernador Faubus cerró todas las escue-

las superiores de Little Rock. Los segregacionistas estaban asfixiando a la NAACP¹, los periódicos de los Bates y el State Press. En el empeño para que nos retiráramos voluntariamente de Central High, nuestra gente siguió perdiendo sus empleos, sus negocios y sus casas. En un acto de desesperación, los directivos de la NAACP enviaron un anuncio a las sucursales de todo el país, solicitando familias que se ofrecieran a darnos protección y a ayudarnos a terminar nuestros estudios. Fui lo bastante afortunada de ir al hogar del Dr. George y Ruth McCabe y sus cuatro hijos en Santa Rosa, California. Era una familia de cuáqueros políticamente conscientes y comprometidos con la igualdad racial. Más que su orientación, fue su amor incondicional lo que me enseñó el verdadero significado de la igualdad. Su amor me ayudó a curar mis heridas y me inspiró a comenzar una nueva vida por mí misma.

Inspirada por los periodistas que yo había conocido durante la integración, seguí mis sueños y me convertí en reportera de noticias. Siempre recordaba que fue debido a la verdad que contaron los reporteros que vinieron a Little Rock lo que me mantuvo con vida. Más tarde, como reportera de la cadena NBC, me ocuparía especialmente de mirar hacia esos rincones donde gente de otro modo invisible es obligada a esconderse mientras su verdad es ignorada.

Cuarenta años después, la Escuela Secundaria Central de Little Rock está integrada sin problemas. Miro retrospectivamente a mi experiencia de integración en Little Rock como una fuerza positiva que finalmente conformó el

¹ NAACP. Siglas en inglés de la Asociación Nacional para la Promoción de las Personas de Color. (N. del T.)

curso de mi vida. Por atrevernos a desafiar la tradición sureña de segregación, esta escuela se convirtió en un horno que consumió nuestra juventud y nos forjó, a pesar nuestro, en soldados de los derechos civiles. Como mi abuela India había prometido, eso me enseñó a tener valor y paciencia.

Estoy agradecida por el valor de la juventud

ELEANOR ROOSEVELT

Sonríale a un vecino. Ayude a un forastero. Agradezca las bendiciones que recibe y compártalas con otros. Todo niño merece un hogar amoroso. Únase a Melba Beals y **Adopt a Special Kid** que ha logrado situar 11.000 niños en 20 años. Llame al 510-451-1748.